

# Romanización y lengua vasca

LUIS MICHELENA

1. Tengo la impresión de que el rotundo título de que me he valido puede muy bien no ser sino la manera de vestir con algún decoro un tema muy limitado, además de ya demasiado tratado aquí y fuera de aquí. A fin de cuentas, se terminará por fijar la atención, dentro de un marco comparativo de alguna amplitud, en una sola lengua, viva hace dos milenios y viva todavía ahora. Porque en un sentido generalmente aceptado, ya que tiene auténtico sentido, se puede decir que se trata de *una* lengua, aunque no suene hoy ni mucho menos como podía sonar entonces.

Diré, pues, para entrar en materia, que, cuando se habla de esa lengua, la vasca en nuestro caso, hay más que nada tres particularidades que despiertan el interés de la gente, iniciada y profana. Yo, con la intención de reducirme en lo fundamental al último apartado, las dispondría en este orden:

a) No se ha encontrado aún, ni es de esperar que se encuentre a corto plazo, el lugar que corresponde al euskara en una clasificación genética. Lo que equivale de alguna manera a decir, como se suele, que no se conoce su origen.

b) Aún a falta de esquemas suficientes de clasificación tipológica, al menos se puede decir que esa lengua difiere muchísimo en su estructura tanto de las lenguas europeas vecinas como de las africanas de la cuenca mediterránea.

c) Es, por último, la única lengua europea que se ha conservado desde los siglos anteriores a los comienzos de nuestra era en esta parte del continente, sin haberse borrado ante el avance de las lenguas indoeuropeas y, sobre todo, ante el del latín y lenguas románicas.

Nadie discute que haya una estrecha relación entre a) y b): a pesar del número abrumador de coincidencias debidas al contacto, la distinta procedencia, la disparidad de origen, se suele seguir reflejando, al cabo de milenios, en diferencias de estructura. También se ha solido pensar que el primer aspecto (o, mejor, el conjunto de los dos primeros) tiene bastante o mucho que ver con el tercero. De esto, sin embargo, habrá que tratar más adelante.

2. En lo que sigue se parte de la idea de que, en los procesos de aculturación, el cambio de lengua es posiblemente la alteración más importante además de ser, y esto ya es evidente, el más manifiesto o llamativo. No es, claro está, indispensable que un grupo étnico, una nación si se quiere, tenga una sola lengua ni tampoco que la que emplea le sea privativa, no común con otras colectividades. Tampoco es cierto, y sobran ejemplos que lo prueban, que la pérdida de la lengua traiga consigo la desaparición de la personalidad nacional. Por otra parte, en la adhesión del grupo a su lengua propia parecen notarse, antes y ahora, enormes variaciones.

Habría que añadir, además, que una lengua puede estar adscrita a un pueblo o país de muy diferentes maneras. Así se puede sostener, sin desprestigiar los logros excepcionales del ‘milagro israelí’, que el hebreo nunca ha sido exactamente una lengua muerta, aunque durante siglos no fuera la lengua normal, de uso irrestricto, de ninguna comunidad judía. Por otra parte, «el latín seguía siendo, por extraño que resulte –como escribe Diehl–, la lengua oficial», en el terreno administrativo en primer término, en todo el Imperio Bizantino, con Justiniano y después de Justiniano. No sería difícil, en resumen, hallar correspondencias de lo más variado, escasamente unívocas, entre lenguas y pueblos, además de entre usos y ámbitos o esferas de empleo dentro de cada uno de éstos.

Podría preguntarse qué problema plantea la subsistencia de una lengua, cuando tantos y tantos idiomas conocidos desde antiguo se conservan sin que en muchos casos presenten síntomas de próxima extinción. Es verdad que podría contestarse que, a su lado, no faltan ni siquiera son escasas las lenguas que han desaparecido, en fecha próxima o lejana, sin tomar en consideración la legión de desconocidos cuya defunción –pero no su número– podemos certificar con muy buenos fundamentos. Por eso hay que aclarar ahora un aspecto muy preciso de esta cuestión de muerte y supervivencia.

Se trata del carácter local, en espacio y en tiempo, que suelen presentar estos fenómenos. Estamos hablando de esta parte de Europa y de los 2.000 o 2.500 años últimos. Y en esta parte, la occidental, se ha cumplido un proceso –mejor, dos fases distintas de un mismo proceso– de una manera prácticamente total, a diferencia de lo que ocurrió más al Este, en la parte oriental de la cuenca mediterránea y aledaños, más que nada.

Las dos fases, cuyo alcance no se contrae a lo lingüístico, son la indoeuropeización de esta zona, seguida en un dominio menos extenso por la romanización, fenómeno que, si nos reducimos al idioma, será más bien latinización.

Si tomamos como supuesto la idea –compartida, creo, por cuantos se han ocupado de la cuestión– de que la *Urheimat* indoeuropea o, si se quiere, el foco de difusión de las lenguas así llamadas no fue occidental, sino que su influencia nos llegó, al menos en última instancia desde el centro de Europa, desde más allá del Rin y del Danubio, hay muy poco a poniente que no ostente hoy ese carácter: todo es románico, céltico, germánico. El etrusco, sobre cuya oriundez domina todavía alguna incertidumbre, desapareció pronto y de raíz, tanto que ni siquiera dejó luces demasiado claras sobre su naturaleza, a pesar de los esfuerzos del ahora más popular Claudio; desapareció también el ibero, que era de otra casta, lo mismo que el lígur, si se nos permite unir bajo este nombre indicios de valor y carácter muy variado. Hasta la lengua de los pictos, en el extremo norte de la Gran Bretaña, fuera lo que fuese, se extinguió sin dejar huella mayor de su ascendencia.

3. La extensión del latín, que en fecha más reciente prolonga o cierra el ciclo de la indoeuropeización, ha sido, por ello mismo, menos amplia: la conservación de lo anterior es, con todo, claramente marginal. Desaparecieron el galo y el celtibérico, aparte del lusitano, lenguas célticas (es decir, indoeuropeas) de importación, como ya antes, sin salir de la Península Itálica, habían desaparecido las lenguas *sensu stricto* itálicas, el véneto o el mesapio. Al borde de la Romania queda, sin embargo, una orla de lenguas no desplazadas: el británico, hablas germánicas, el libio-beréber... Todas ellas fronterizas, en contacto por lo general con lenguas similares habladas fuera de suelo romano.

En otras palabras, esto sólo sucede allí donde el *Imperium Romanum* no tuvo tiempo de llegar o de afincarse. La derrota de Varo frenó de modo decisivo los avances en suelo germánico; la conquista en las Islas Británicas era reciente e incompleta, ya que Hibernia y el territorio al norte de los *ualla* de Hadriano y Antonino quedó fuera del ámbito dominado por Roma. No hay necesidad de insistir en que en el norte de Africa, donde también el púnico (lengua de colonización) seguía siendo conocido, se mantuvo el sustrato libio-beréber, en contacto con un amplísimo, aunque no muy poblado, territorio meridional alejado de la influencia latina. Ni siquiera el árabe lo ha eliminado todavía.

Detallado esto, se puede subrayar con la fuerza que le corresponde el hecho de que, desde el Atlántico y el Rhin al Mediterráneo, nada ha quedado de lo anterior que no sea latino en cuanto al origen lingüístico. Latino o germánico, pero esto último interesa poco ahora, aun si se tienen en cuenta las consecuencias de las *Völkerwanderungen*, recientes en el marco que aquí se considera. Así pues, subrayada la regla, queda más subrayada si cabe la excepción: existe un reducto no romanizado en un rincón situado en el ángulo del golfo de Vizcaya, al norte y al sur del Pirineo, donde todavía se usa el *euskara* o lengua vasca. Porque romanización aquí, hay que subrayarlo, se ha tomado en el valor de suplantación de la lengua antigua, sin atender en especial a las influencias que del latín o de los romances se hayan podido recibir. Estas últimas han tenido que ser importantes entre nosotros, aunque su intensidad haya variado con lugares y tiempos.

4. Si entramos algo más en consideraciones geográficas tendremos que distinguir, dentro de la amplia esfera de dominación romana, dos zonas que no dejan de estar claramente delimitadas porque sus límites sean imprecisos: esta occidental, de cuyo extremo acabamos de ocuparnos, y otra oriental.

Esta última se ha mostrado, en efecto, mucho más benigna que la occidental respecto a las lenguas inferiores en una u otra manera. No voy a considerar las causas de la divergencia, tarea superior a mis fuerzas, porque basta por el momento con examinar los resultados, único aspecto que aquí nos atañe. Al ser éstos distintos, también tuvo que serlo el condicionamiento histórico.

Sabemos, desde luego, que en el Oriente Próximo desaparecieron el sumerio, el acadio, el elamita, el hurrita y el urarteo, etc. También desaparecieron las lenguas de Anatolia, aunque acaso algunas duraran más de lo que nos inclinamos a pensar. Porque las sustituciones son en buena parte recientes, posteriores en todo caso a la expansión del helenismo con Alejandro y sus diádocos, que tomamos como *terminus post quem*. Y Roma viene a ser, como a menudo se ha indicado, el último y mayor promotor de este género de aculturación.

En el Este comprobamos, cuando lo que estaba oculto empieza en parte a salir a la luz, que el arameo, una de las lenguas en cuyo contexto alcanzó realidad el Nuevo Testamento, está vivo, como sigue vivo, aunque menguado, en el día de hoy. El egipcio, mudado a la griega en escritura y en léxico, sobrevive como copto, hablado todavía hacia 1500 a pesar de la losa árabe y usado aún ahora como lengua sagrada. En los primeros siglos de nuestra era surgen de la nada anterior el armenio y el georgiano; se traduce al gótico, primera lengua germánica conocida por textos abundantes. Lenguas como el ilirio y el dacio, que fueron borradas, caían dentro del área de influencia lingüística latina. De todos modos, se conserva aún el albanés.

No se quiere con lo dicho sostener que sólo por estas tierras se perdieron

los idiomas indígenas, pero sí me parece admisible la idea de que en la extensa zona del imperio en que el griego, descontada la oficialidad del latín de alcance sin duda muy limitado, fue, al menos en los usos que podemos llamar elevados, la lengua primera, se concedió un espacio mucho mayor a otras hablas. Se daba allí, y ha seguido dándose después, la coexistencia de lenguas diversas en los mismos lugares, así como el mantenimiento de las mismas comunidades de lengua sobre territorios no conexos.

5. Lo que se daba en la antigüedad pagana se da después más claramente en la cristiana, sin duda porque conocemos mejor los hechos. Al menos en principio, se predica a cada uno en su lengua: de ahí los textos religiosos, meras traducciones o no, en armenio, en georgiano, en siríaco, en gótico, por no ir más al Este. Esta tendencia se continúa en las lenguas eslavas, desde Cirilo-Constantino y Metodio, en la medida en que son orientales o reciben su inspiración de Bizancio. Hasta se puede hallar su huella en ziriano (*komi*) en el siglo XIV.

No es esto lo que sucede en la parte occidental del Imperio, incluso entre las ruinas de éste. De acuerdo con la regla que ha exigido *in necessariis unitas*, se pensó por lo visto, y no sin algún fundamento como salta a la vista, que la unidad no era en parte alguna tan imperativa como en el idioma oficial de la Iglesia. De aquí, por lo tanto, que el cristianismo diera el golpe de gracia a las lenguas indígenas, ya cercadas y amenazadas, en países como la Galia.

De esto se sigue que las versiones a lenguas marginales, célticas y germánicas en nuestro caso, sean tardías y fragmentarias, concebidas más bien como atajos para acceder a la única lengua canónica, lo que explica la abundancia de glosas y anotaciones. Este factor ha influido también seguramente en la aparición retardada de las lenguas románicas en lo escrito, aunque ya desde mucho antes tuvieran que ser tenidas en cuenta en lo hablado, a juzgar por lo que nos dicen del concilio de Tours (813), etc.

6. En una discusión sobre las causas de que la lengua vasca haya llegado viva a nuestros días, discusión que será poco más que un resumen crítico de interminables polémicas anteriores, se hace necesario puntualizar algunos aspectos que aceptados como axiomas (aunque estén lejos de serlo en un tema histórico) no hayan de ser defendidos una y otra vez más adelante. Quien no los acepte puede muy bien rechazarlos o modificarlos, sin entrar en el examen de lo que se sigue.

Es evidente, en primer lugar, y es ésta una consideración más formal que material, que cuando hablamos de las causas por las cuales la lengua que consideramos se ha conservado no hablamos de factores que hicieron necesario el desenlace actual, sino de factores que lo hicieron posible. Recojo en esto, más bien por curarme en salud, una consideración que se repite en las vivas polémicas sobre la noción de causa y más en particular en la de causa histórica.

Dentro de lo material, me atrevería a afirmar, como base de este examen, que, en lo que cubre nuestra memoria, la lengua vasca nunca se ha hallado arrastrada por una corriente que tenía que conducirla a su desaparición más que en la época romana. Sabemos que el latín desplazó dialectos éuskaros, de este a oeste en líneas generales, y que muy bien pudo haber hecho desaparecer el residuo. Lo habría hecho desaparecer, mejor dicho, y entramos en el campo más que espinoso de las condicionales irreales, si hubieran durado unas condiciones que no duraron lo bastante.

Porque, ¿desde cuándo se extiende la opinión de que la lengua, de no sobrevenir algún cambio radical, va a su ruina total? La opinión, expresada con franqueza, es más bien reciente. Cardaberaz o Landazuri se lamentan en el XVIII de que el euskara pierda terreno en Alava y no sugieren en absoluto que la regresión sea algo pasajero. Iztueta, sin embargo, en el siglo siguiente, se siente seguro, o así lo dice al menos, en el corazón del bloque guipuzcoano, circundado además por antemurales vascongados. Los que como Iturriaga ven el peligro no inminente quizá, pero unido sin separación posible a los cambios que se suceden cada vez más velozmente, no son demasiados. Humboldt fue, por lo que sé, el primero en hacer, por 1800, un vaticinio preciso: hacia 1900 no quedará más que el recuerdo escrito de esa lengua.

7. Quedan, por lo tanto, por explicar las razones por las que el Imperio, que tanto borró de lo precedente en lo social y cultural, no acabara con esa pequeña lengua en estos parajes. La llamo pequeña porque la usaban pocos, nada letrados, en un solar pobre, cuya conquista no supuso que sepamos luchas encarnizadas. El territorio, además de reducido, era transitable; nos consta, por lo demás, que era transitado por su mismo centro.

Pequeñez, pobreza, debilidad, barbarie, se ha alegado, pudieron ser ventajas antes que inconvenientes, ya que evitaron que el país, escasamente sensible a los influjos de fuera, se volviera presa codiciada para los extraños. Ese país, la antigua Euskal Herria, estaba en Hispania representada por el *saltus Vasconum*, para hablar como Caro Baroja, al que yo agregaría sin mayor escrúpulo territorios atlánticos hacia un oeste incierto. No el *ager*, que sin duda guardó peor la vieja herencia idiomática, lo que no significa que la perdiera del todo enseguida; acordémonos de Lerga, sin ir más lejos. Tampoco fue aquí muy floreciente la vida urbana: al hablar de la zona vecina al *saltus* siempre se habla de la Iruña navarra y de la alavesa, que no llevan tal nombre, parecido no sin razón al de Irún, por simple casualidad. Lapurdum, por añadir otra muestra, sólo se documenta muy tarde.

Esto permite comprender que la influencia romana, latina en lo tocante a la lengua, fuera de escasa intensidad en esas zonas en que todavía hoy es tan escaso el saldo arqueológico. En otro terreno, las conclusiones a que Gerhard Rohlfs y Jean Séguy llegaron de manera independiente en cuanto a nombres de población muestran que formantes específicamente latinos (y galo-latinos) se van volviendo cada vez más raros a medida que nos acercamos al departamento actual de los Pirineos Atlánticos. Al mismo tiempo, hallamos una identidad más que una similitud entre Gascuña y parte de Aragón más Navarra: hablo del sufijo *òs*, *-ués*, vasc. *-otz*, *-oze*.

Pero la intensidad, aun siendo baja, tuvo que ser efectiva por su insistente reiteración, que siempre obraba en el mismo sentido, a no ser, claro, que ésta no se prolongara. Y esto es lo que, según se sospecha, no llegó a ocurrir: la administración romana, soporte del orden romano, empezó pronto a funcionar mal para llegar a no funcionar en zonas cada vez más amplias e importantes. Que esto sucediera ya a mediados del siglo III, a mediados del siguiente, o más tarde todavía, no es cosa que importe demasiado. El *tempo* de las mutaciones no era el mismo entonces que ahora.

En todo caso, la consecuencia fue que con el debilitamiento extraño creció la fuerza propia, fuerza que se va traduciendo en oposición, de modo que hasta Leovigildo, y volvemos a mentar conocidos, y sus coetáneos merovingios los vascones iban a tener un período de dos siglos, en números redondos, para

moverse casi a su aire, sin que tuvieran que prestar mayor atención a pretensiones ajenas.

8. Uno se ve obligado, digamos, a pensar que las cosas eran muy distintas en ese *saltus* y en el espacio que le rodeaba, tanto más distintas cuanto más se adentraba uno en el mundo propiamente romano: no podía ser lo mismo Pompælo que Cæsaraugusta o Burdigala. Esta alteridad, más que disparidad, se daba sin duda en la organización económica y social de ambos dominios, aspecto sobre el que habrá que volver. Habrá que admitir, pues, la coexistencia de dos comunidades, vecinas en el espacio pero lejanas en el trato, en que se había llegado a un cierto equilibrio, inestable por necesidad, pero no demasiado (recuérdese, por ejemplo, en qué sentido tuvo que influir la milicia), que pudo prolongarse bastante tiempo. Se habría llegado, con todo, al final inevitable si el contacto se hubiera mantenido sin algunas variaciones radicales.

Se ha hablado, después de Tovar, de alteridad lingüística, y la lengua, que nunca es algo sobreañadido a los factores constitutivos de una comunidad, debió de ser un factor firme de separación, a la vez que testigo inmediato y patente de la separación misma.

Cualquier lengua puede desaparecer para dejar paso a otra, sea o no semejante. Con todo, parece razonable suponer que el proceso es más fácil, por más sencillo, cuando la lengua ocupante sea próxima a la ocupada. Así, no sabemos muy bien o al menos yo no lo sé cómo desapareció salvo escasos restos el romance navarro (más la rama aragonesa no pirenaica) ante la presión castellana. También se han perdido, por romanización, y en la misma Navarra, hablas éuskaras. Pero, al menos después de 1872-1876, no sin eco. Nadie ha escrito nada semejante a *El último tamborilero de Erraondo* a propósito de la muerte por consunción lenta de alguna variedad del romance navarro, de cuya existencia no se han enterado todavía hasta algunos historiadores.

Por este camino llegaríamos a la explicación, *ceteris paribus*, de la desaparición de la lengua de los cántabros, que también manifestaron su rebeldía tarde como temprano, que se opone a la conservación de la nuestra. O, dentro de lo que poco después va a llamarse Vasconia, la desaparición del celtibérico, que seguramente se habló por Cascante, a título de muestra, al igual que en el corazón de la Celtiberia.

Aunque rechacemos la hipótesis de Walde, no cabe duda de que latín y céltico antiguo, sobre todo si se trata de 'q-Celtic', se parecían mucho más entre sí que, pongamos por caso, portugués e irlandés o gaélico moderno. Por lo tanto, como los cántabros hablaban algo que era por lo menos indoeuropeo occidental tardío, fuera o no más precisamente céltico, tuvieron menos trabas para rendirse al latín, lengua estrechamente emparentada, que los vascones que hablaban algo genéticamente distinto.

Este razonamiento ofrecería, de ser correcto, una fácil salida para un problema difícil. A pesar de esta ventaja, tendría que hacer frente, además, a graves inconvenientes. En primer lugar, para el observador ingenuo (y hasta para el iniciado) el primer criterio práctico de proximidad interlingüística está en la posibilidad, a corto o más largo plazo, de la intercomprensión entre hablantes de lenguas diversas. Y, miradas así las cosas, cuesta creer que la proximidad que advierte el comparatista fuera tan manifiesta para el hablante. Hasta en lo fonológico, donde la diversidad debiera en principio ser mucho más clara, no parece que gentes que hablaban latín se encontraran muy próximos a los cántabros.

Hay, en efecto, un testimonio tan conocido como claro que, por lo manido, da vergüenza aducir. Mela III, 15, nos habla, excusándose de citarlos, de pueblos y ríos cántabros *quorum nomina nostro ore concipi nequeant*. Y más trabajoso que repetir o transcribir nombres propios tenía que ser entender frases corrientes de la lengua.

9. No es hacedero determinar hasta qué punto pudo pesar este factor de divergencia estructural en la conservación de la lengua autóctona, pero, con todo y eso, cuesta creer que lo esencial no fuera otra clase de diversidad, que sería extralingüística o, mejor todavía, una diversidad que comprendía lo lingüístico como uno de sus aspectos.

Se puede afirmar sin vacilación que, como suele ocurrir en esos casos, la lengua propia era perfectamente capaz de servir para las necesidades vitales de la comunidad antes de la llegada de los romanos. Era sin duda un buen instrumento de comunicación para la organización económico-social que les era familiar. La que traían consigo los romanos para aplicarla también, con las variaciones que las circunstancias aconsejaban, a los dominados le era, no hay que discutirlo, muy superior y suponía grandes beneficios. Me limitaré a remitir, sin recurrir a textos clásicos, al diálogo de los zelotes judíos en *La vida de Brian*, ante la pregunta: «¿Qué nos han traído los romanos?». Aun a los más intransigentes les resulta difícil contestar con la negativa pura y simple.

El modo de vida particular y común de los indígenas tuvo que merecer un pobre concepto a conquistadores y colonizadores, ya que podía ser calificado como bárbaro, hasta en el sentido moderno de la palabra: *thēriōdes*, lo habría llamado Estrabón. Pero, al igual de lo que pasó con tantos pueblos, así los indios de las praderas norteamericanas o de las pampas argentinas, se suele manifestar en tales ocasiones un rechazo radical de lo extraño, que, al menos en un largo período preliminar, no va a ser favorable para los de casa. En general, además, cuesta aceptar imposiciones.

Decir que sabemos muy poco de la organización vascónica o, si se prefiere, *éuskara* es casi una exageración. Ha podido ser calificada de tribal o bien de gentilicia, término que yo mismo he usado más de una vez y que suscita reservas si no se emplea de modo muy restringido, es decir, casi vacío de contenido. No sería, con todo, temerario asegurar que lo nuestro, si podemos sumarnos a nuestros antecesores étnicos, estaba menos cargado de desigualdades de clase o grupo, por defecto de jerarquización, que lo que nos trataban de imponer los romanos y que en parte, por dominación o por contacto, fue pasando a nuestro acervo.

La lengua misma no añade gran cosa a nuestras luces. Como sugerí en cierta ocasión, el occidental *ugazaba*, de *ugatz* (*ugaz-*) más *asaba*, pudo muy bien haber sido en otro tiempo algo más que el patrono de unos trabajadores o el amo de unos criados. En Vizcaya se documenta una vez *ibar jaun*, en 1596, traducido «merino», sin que se sepa bien si la correspondencia, probablemente aproximada, es por lo menos correcta en el fondo. Al menos en Navarra y en Sola, y esto ya es altomedieval, es *ibar*, antes que *haran*, el nombre que designa el valle como término administrativo más que geográfico.

10. En el occidente europeo la cristianización remató a menudo lo que la romanización pagana había dejado quebrantado. En nuestro país, en concreto, se diría que el Cristianismo no aparece como apoyo de la lengua del país hasta la edad moderna, a causa sobre todo de la confrontación de la Contrarreforma con la Reforma.

Hay, como bien se sabe, una larga polémica entre partidarios de la introducción temprana o tardía del Cristianismo entre nosotros: los testimonios usados son varios y variados, sin que por lo general valgan más que como índice. Unos y otros reconocen, como es natural, que la cristianización empezó por los núcleos de alguna importancia antes de extenderse por la población dispersa del *saltus*. Todos aceptarán también probablemente que la nueva religión se introdujo pronto en las ciudades, en Pompælo por ejemplo, sin que por esto se piense en la edad apostólica.

Se ha pensado repetidamente en la lengua como fuente posible de información. Además de pensar en ello, ha sido usada en este sentido, sin que haya servido para llegar a conclusiones unívocas. Hay que tener en cuenta, entre otras consideraciones, que también el léxico religioso y hasta eclesiástico ha cambiado y mucho, como le viene de suyo al léxico cultural. Para 'paraíso' tenemos, por ejemplo, *baradizu*, la primera forma atestiguada y la más arcaica, mejor arraigada que *paradizu*, *paradisu* o *paraiso*. Todo depende, pues, del campo que alcancen a cubrir nuestros testimonios. Algunos nos hemos enterado tarde de que *dekuma* (no registrado en el DRA), *tekuma* 'diezmo' estaban documentados en Roncal y Salazar, al lado de *detxema* y de *amarren*, este último de *hamar* 'diez'.

De todos modos, el hecho de que la lengua haya subsistido constituye, dado el demostrado poder letal de la evangelización para las lenguas indígenas, un argumento que favorece más bien la hipótesis de una difusión tardía del cristianismo. De otro modo, y suponiendo que éste se hubiera difundido de manera general entre las capas de población que durante siglos han constituido su primer sostén, cuesta creer que la situación actual fuera la que es. Porque, como es sabido, difusión, en este terreno, significaba exclusiva y hasta proscripción de todo aquello, con muy probable inclusión de la lengua, que de ser 'propio' se convertía en 'ajeno' y 'hostil'. Aquí, en torno sobre todo a lo que sucedió en la época visigótica, podría estar otra clave del distinto comportamiento de cántabros y astures, cristianizados antes y en consecuencia romanizados también en fecha más temprana.

De todos modos, una investigación más detenida, menos atenta a los papeles de siempre, de lo que fue la religión entre nosotros, incluso en lo lingüístico, en los siglos oscuros en que la sabemos o creemos establecida ya sin contrincante, sería del mayor interés. A mí al menos me parece extraño que el *Confiteor* tenga el aspecto de ser la oración de aire más arcaico conservada entre nosotros.

11. Con ánimo de terminar, paso a comentar algo que he mencionado más de una vez, aunque nunca en ocasión como ésta. Como creo que la digresión aparente puede ser instructiva, o al menos gráfica, paso de lo que al menos en intención tiene que ver con la historia a la novela que se quisiera histórica.

Sé de sobra que nuestras narraciones histórico-legendarias, que no dejan de ser nuestras por estar escritas en romance, no gozan de buen predicamento, aunque en fecha reciente haya levantado la cabeza la novela histórica, por obra y gracia acaso de Humberto Eco. Por lo que me toca, no rechazaría ese juicio desfavorable, aunque tendría que recalcar que estudiar literatura no es estudiar obras maestras dejando de lado con menosprecio la morralla. No aceptaría, en cambio, que se rechace todo *pêle-mêle* o como se dice por aquí en motrollón, como si no hubiera clases y muy marcadas.



Basta, como muestra, con comparar las un día famosas *Tradiciones vasco-cántabras* de Juan Vicente Araquistain (1866) con *Amaya o los vascos en el siglo VIII* (1879) de Navarro Villoslada. Personalmente, pienso que ésta es mejor, así a secas, que aquélla como libro: por lo menos, cualquiera que haya leído uno y otro (no sé si quedan muchos hoy que se hallen en esta situación) tendrá que reconocer que la novela se deja leer mejor que las tradiciones. Pero no es este el aspecto que aquí quiero tocar.

Lo que deseo subrayar es que la base histórica no es ni de lejos la misma, y esto no es cosa que dependa de los 15 años escasos que separan la publicación. Araquistain se lo traga todo, hasta la caña, y en él encontramos una vez más, pero ya muy tarde, los cántabros, que somos nosotros, con todos *sus* parafernalia (respetemos a las lenguas clásicas, al menos en cuestiones de número), *gau-illas*, etc. El de Viana, por el contrario, da una versión de lo que ocurría por aquí por el año 700 que se podría considerar, si el anacronismo no fuera tan notorio, como la versión novelada nacida de una lectura de Barbero y Vigil.

De una versión, sin duda, severamente retocada desde una firme base tradicionalista. En otro aspecto, no creo que tenga razón alguna, y sí mucho de desconocimiento de la literatura pertinente, un ilustre político navarro en su comentario público reciente. Nada hay de diferencial en que Navarro Villoslada hable de 'España' o de 'español', en lo que se conforma al uso de todos, carlistas o liberales, incluido Iparraguirre o el Campion que reseñó su novela: lo que *sí* es diferencial, y le distingue de raíz del comentarista, es su empleo de 'vasco', subrayado ya en el título de la obra.

Para empezar, la cristianización de los susodichos vascos está lejos de estar completada, aunque fuera por buen camino. El paganismo persiste en el *saltus* que sigue libre del poder visigodo, aunque esté sujeto a incursiones. El *ager* es cristiano, conocedor del latín, provisigodo, aunque abunden en él los montañeses encargados de oficios serviles, y nada sumisos todavía. En ese momento, como consecuencia de la victoria árabe, Pamplona es la baza capital que quieren ganar los rebeldes a lo que todavía quería ser una especie de continuación del orden romano.

Y esa baza se ganó, aunque no sea cuando y como lo señala el novelista. Veamos lo que dice Lacarra, poco novelero siempre, en su *Historia política del reino de Navarra* I, p. 47: «Vimos que Pamplona había perdido su condición de centro urbano director, con una población étnica y culturalmente diferenciada, que tuvo en siglos anteriores. Lo urbano había quedado disuelto en lo rural y tribal vasco, que predomina en todas partes... Al desaparecer el elemento alienígena director, para asentarse en Pamplona hay que contar con la aquiescencia de la población rural de la Cuenca y la que domina los pasos y accesos, tanto por el norte —Roncesvalles— como por el sur o el oeste. *Esta población, según hemos tenido ocasión de ver, era vasca de lengua, y con una estructura social netamente diferenciada de la de los países circunvecinos*». La cursiva es mía, pero el lector puede encontrar otras referencias análogas en la obra, es decir, las que en ese mismo pasaje se mencionan.

12. Al trazar ese cuadro, que ofrece un marco aceptable de consideración si se suprimen floreos literarios, integristas, etc., Navarro Villoslada tenía un modelo inmediato en que inspirarse. Por cierto que hasta su Fuenterrabía romano-visigoda, que ahora se llamaría mejor Irún, tenía plena razón de ser, aunque referida a una época sin duda anterior.

Tenía ante sus ojos, lo mismo que nosotros, la imagen de una Euskal herria

montañesa, vecina –dentro de una Vasconia común– de una amplia y rica zona romanizada, que en sus mismos días iba ampliando su extensión hacia el norte. Sólo que entonces el sur era más ‘nuestro’ que en tiempos de don Rodrigo.

También tenía muy presentes las dos guerras carlistas y en particular la primera, la de verdad, la que no fue originada por el afán apresurado de ocupar un vacío. También Zumalacárregui tenía su fuerza donde Teodosio o García, y se le oponía el mundo urbano, murado, guarnecido, dirigido por gentes que veían con aversión el espíritu que animaba a las huestes carlistas por adhesión o por necesidad. Podía moverse casi por donde quería, pero no penetrar en los cotos vedados que eran la única residencia segura de sus enemigos. Cuando lo intentó, bien contra su voluntad, murió además de fracasar.

Lo dicho no es más que un intento de comprensión –el esbozo de un intento de comprensión, más bien– de lo que pudo ser una situación muy discutida además de casi ignorada. Tiene todos los inconvenientes de los esquemas y más precisamente de los esquemas basados en pocos e inseguros datos. Esperemos, sin confiar demasiado, en que alguna de las grandes líneas de lo que pudo haber sido corresponda de algún modo a algo de lo que fue. Sea lo que fuere, necesitamos alguna imagen global de este período decisivo de nuestra continuidad, ya que de entonces viene algo que ha marcado y sigue marcando a nuestra colectividad de la manera más acusada.

No soy amigo de moralizar en las conclusiones, pero esta vez me siento bastante tentado de romper la regla. Me parece que la historia de la lengua vasca, entonces y mucho más acá de aquella época crítica, muestra que factores modestos, nada brillantes ni prestigiosos desde luego, demostraron a la larga su valor y efectividad. Y no es seguro que donde los medios humildes vencieron hubieran prevalecido también los bríos arrogantes.

La elección de los medios habrá de hacerse según los lugares y las ocasiones, pero siempre, como aconseja el lema de antes y de ahora, *asmuz ta jakitez*.